

**Juviles. Escenario de dos luchas de civilizaciones con resultado diverso,
una en el siglo X y otra en el XVI.**



Juviles es un pueblo pequeño de la Alpujarra pero con una historia grande y muchas veces trágica.

Os voy a contar unos hechos reales y enormemente duros, ocurridos en Juviles, unos en los comienzos de siglo X y otros 657 años después, a mediados del siglo XVI, y pareciera que los segundos fueran revancha del los primeros.

Siempre que los he comentado he recibido idénticas preguntas: ¿Por qué precisamente en Juviles, un pueblo pequeño y escondido en el centro de la Alpujarra?

Y la respuesta es sencilla: precisamente por estar en el centro de la Alpujarra, y también por tener un extraordinario castillo de defensa. Esa es la razón, además de constatar que la Alpujarra es en sí misma un fortín, como lo eran sus fenomenales castillos donde se refugiaban los débiles, opuestos al poder constituido. Así describe Calderón de la Barca la Alpujarra.

*Es por su altura difícil
fragosa por su aspereza,
por su sitio inexpugnable
e invencible por sus fuerzas.*

Por eso, precisamente por eso se refugiaron aquí los cristianos, subyugados por los musulmanes a partir de la invasión del año 711.

Comencemos hablando de Juviles en el siglo X.

Os quiero recordar que España era una nación cristiana desde los primeros siglos de nuestra Era. Lo prueba el Concilio que se celebró en el año 303 en la Ciudad de Elvira, la capital de lo que sería la provincia de Granada.

En el año 711, la Península Ibérica fue invadida por los musulmanes. Se trató de una guerra relámpago en que los guerreros llevaban en una mano el Corán y una cimitarra en la otra hasta apoderarse de la práctica totalidad de lo que era España.

La reacción de los cristianos invadidos no fue homogénea. Unos aceptaron la nueva religión y se asimilaron a los invasores hasta confundirse con ellos aunque en el fondo aborrecieran a los recién llegados. Eran los llamados *muladíes*. Otros decidieron conservar su religión y sus costumbres, a pesar de tener que soportar vejaciones, exclusiones y, además, verse obligados a pagar impuestos especiales. Eran los llamados *mozárabes*. Unos y otros tenían en común el odio a los invasores y el deseo irrefrenable de recuperar su libertad.

La dominación musulmana en España se consolida con la llegada de la dinastía Omeya, expulsada de Damasco para instalar aquí unos emires independientes que, lo repito de nuevo, con el Corán en una mano y la cimitarra en la otra, van consiguiendo hacer de su capital, Córdoba, una dignísima imitación de su añorada Damasco. Abd ar Râhmán I con más inteligencia primero, y luego Al Hakem I con una crueldad infinita, van imponiendo sus leyes, usos y costumbres.

Al mismo tiempo que se va consolidando su poder en las ciudades, aumenta una feroz resistencia de parte de muladíes y mozárabes contra los dominadores. Lidera esa resistencia un muladí malagueño llamado Umar ibn Hafsún en las también inaccesibles montañas de Bobastro, muy cerca de lo que hoy se conoce como el Caminito del Rey. También en otros lugares parecidos, entre ellos nuestra preciosa e inaccesible Alpujarra.

He de deciros alto y fuerte que la Alpujarra en esos tiempos era de religión cristiana, La

práctica totalidad de los habitantes de los pueblos mantenían su fe. Lo atestiguan lápidas encontradas en Trevélez. En otros pueblos de la zona hay constancia por excavaciones de poblados mozárabes, por ejemplo en Busquistar. (Riu, M. *Poblados mozárabes de al-Andalus. Hipótesis para su estudio: el ejemplo de Busquistar*. En Cuadernos de Estudios Medievales, II-III (1974), 3-35). También aquí, en Juviles y en general en la Alpujarra, (Ibn Hayyān de Córdoba, *Crónica del Califa 'Abd ar-Rahmān III An-Nasir, entre los años 912 y 942. (Al Muqtabis V)*, p. 58.).

En consecuencia, sus habitantes, en connivencia con el muladí malagueño Umar ibn Hafsún, luchaban con todas sus fuerzas por derribar el califato y revertir la situación a tiempos anteriores a la invasión del año 711. El asunto era serio y requería con urgencia la respuesta de los soberanos cordobeses. Pasan los años y llega a Córdoba un rey diferente.

Si me preguntáis cómo era este pueblo y qué dicen de él los autores musulmanes, dejadme os lea palabras de un gran político, médico y escritor lojeño del siglo XIV llamado al Jatib:

A cuatro leguas de Albuñol, pueblo también árabe, estaba el fortísimo castillo de Hisn Súbales o Xubiles, hoy Juviles, en las faldas de Sierra Nevada, cuyo nombre suena mucho en la historia de las guerras civiles del reino de Granada desde la dominación árabe hasta la época de los moriscos. En tiempo de Ebn Aljatib, según lo afirma este escritor, era una mina de seda que parecía oro puro; florecía en aquel pueblo el arte del moblaje y de la joyería; se tejían anchos y ricos velos para las mujeres, y se fabricaban primorosos estrados. Sus contribuciones se cobraban fácilmente y era mucha su plata. Pero en cambio era un lugar en que llovía poco, y las plantas se mostraban marchitas, escaseando por consiguiente los mantenimientos; y, en fin, una morada en que no se detenían sino sus señores. (Descripción del reino de Granada bajo la dominación de los naseritas sacada de autores árabes y seguida del texto inédito de Mohammed Ebn Aljathib, por Don Francisco Javier Simonet. Ediciones Atlas. Madrid, 1982, p. 66.)

Su castillo era una impresionante fortaleza integrada por tres recintos. El tercero y más bajo, está hecho con muros de mampostería que forman una especie de ángulos para reforzar las posibilidades de defensa. Las murallas se asoman a una pendiente muy pronunciada. El segundo recinto tiene planta trapezoidal y está construido con hormigón y cal. Y el primero, que tiene buenos aljibes para proveer a las tropas, cuenta con muros interiores enlucidos con cal, en los que se han dibujado gran número de cruces. Probablemente estamos hablando del castillo más formidable de la Alpujarra.

Es curioso observar que los castillos de la Alpujarra granadina están bastante próximos entre sí. Los más notables fueron, junto al ya mencionado de Juviles, el de Mecina Bombarón, el de Jorairátar, y también el de Escariantes, en Ugíjar.

Así que tenemos tres hechos notables, dos de arqueología y uno que encontramos en los cronistas musulmanes: unos cuantos castillos importantes, próximos entre sí, en cuyas paredes del interior hay pintadas innumerables cruces.

‘Abd ar-Rahmān III accedió al trono en el año 912 con apenas veinte años. Era un joven algo regordete, de piernas cortas, vivísimos ojos negros, pelo entre rubio y rojizo, y listo como el hambre. Sus cualidades principales eran ser un hombre realista, metódico y con una constancia a prueba de bomba. Eso, unido a una gran ambición y a una enorme amplitud de miras, nos lo configura como un personaje extraordinario, que va a llevar a la dinastía omeya al lugar más alto que jamás tuvo ni en Oriente ni en Occidente.

No necesitó mucho tiempo para comprender que era urgente meter a todo el mundo en vereda. Los árabes estaban peor que nunca, enfrentados y divididos entre sí, débiles hasta la extenuación e incapaces de afrontar con solvencia el más pequeño proyecto común. Los beréberes estaban peor todavía, instalados en lugares apartados, enfrentados a muerte entre sí y a su vez con los árabes, y asimismo incapaces de hacer frente al enemigo común, que eran los cristianos.

El enemigo principal eran los españoles, tanto muladíes como mozárabes. Es verdad que muchos muladíes se habían asimilado casi completamente a los musulmanes, pero el grueso de esos *musulmanes nuevos* eran tan cristianos como antes. De sobra sabía que su único líder solvente era ‘Umar ibn Hafsún, y aniquilarlos, darles un definitivo escarmiento, fue su primer y principal objetivo. No le faltaba inteligencia y constancia para hacerlo. Tampoco le iba a temblar el pulso para castigarlos y borrarlos de la faz de la tierra si no se sometían en tiempo y manera. Pues manos a la obra.

En el mismo año de su ascensión al trono, el 912, ya en el mes de diciembre, dio un fortísimo golpe a los mozárabes, conquistando una plaza que siempre había permanecido cristiana. Me refiero a Écija, que además de representar un agravio a los musulmanes por su proximidad a Córdoba, continuaba siendo una de las plazas más importantes con que contaban los españoles.

El día 11 de febrero de 913 inició los preparativos para una nueva campaña de gran importancia y que la mandaría personalmente.

Ese día envió mensajes a los gobernadores de las coras y regiones que se mantenían

en su obediencia para que se movilizaran y se dispusieran a partir con él. (El texto anterior y lo que cuento a continuación está tomado de Ibn Hayyán de Córdoba. *Crónica del Califa 'Abd ar-Rahmān III An-Nasir, entre los años 912 y 942. (Al Muqtabis V),* pg. 55 y ss).

Los primeros que le respondieron fueron los árabes residentes en Elvira, a los que el cronista señala como chunds de Damasco. También se le unieron los caballeros más importantes de Úbeda con su jeque al frente, a los que acomodó y situó de la mejor manera posible. Citemos nuevamente al cronista:

Al cabo de algún tiempo estuvieron listos los preparativos de esta expedición, para la que partió el califa an-Nâsir el sábado 7 de ramadán del año en curso, 17 de abril del calendario solar (año 913).

El 25 de abril ya estaba en camino el ejército cordobés y días después lo encontramos ante la fortaleza de Martos. A continuación nos lo describe el cronista acampado ante la fortaleza de Monteleón, también en las inmediaciones. Al día siguiente por la mañana, era lunes, 'Abd ar-Rahmān mandó rodearla, que sus hombres escalaran un monte que la domina y que comenzara un ataque que iba a ser de gran calado. Después de incendiar los arrabales del castillo, sus hombres penetraron en el interior, produciendo en los defensores una gran carnicería. La fortaleza se rindió el 27 siguiente y tras nombrar un gobernador de su cuerda y dejar una guarnición suficiente, se dirigieron en busca de otra fortaleza, también en poder de cristianos partidarios de 'Umar, que se llamaba entonces y ahora Somontín, cuyos habitantes sabían en qué había terminado el ataque a Monteleón y decidieron rendirse al cordobés antes de sufrir males mayores. Una vez sometido este castillo, el ejército se movió hacia un lugar que hoy se puede visitar, que se llama Bâcor y que está en la provincia de Granada, cercano a Baza, y también lo sometió a su dominio.

He intentado buscar estos lugares citados por el cronista para situar unas andanzas que me parecen portentosas y que nos cuentan cómo y por quiénes estaba habitada nuestra tierra. No he podido localizar Monteleón pero sí Bâcor y Somontín, relativamente cercanos entre sí. Si hacia esos lugares se dirigió una de las primeras y mejor preparadas expediciones del gran 'Abd ar-Rahmān III, la evidente conclusión es que a comienzos del siglo X tuvieron más importancia demográfica y política de la hoy tienen; y la segunda conclusión es que nos encontramos una vez más con que una gran parte de Andalucía estaba poblada por españoles, mozárabes o muladíes, y que la importancia de esas plazas para el trono cordobés era más que notable.

Pero sigamos al cronista en esa correría.

'Abd ar-Rahmān pasa por Guadix, que fue evacuada por sus señores por temor al monarca, y el 14 de mayo lo vemos atacando Fiñana,

*donde se habían instalado algunos de la banda del rebelde 'Umar ibn Hafsún, los cuales disuadieron y engañaron a la gente, de manera que se negaron a rendirse con la esperanza de librarse por la inexpugnabilidad de su fortaleza y su gran valor, pero los ejércitos los rodearon e incendiaron su arrabal, con lo cual se volvieron atrás sumisos y rogaron se les aceptara el arrepentimiento con tal de entregar a los de la banda del rebelde 'Umar que tenían. Concedido esto, se entregaron y fueron apresados. (Ibn Hayyán de Córdoba. *Al Muqtabis V*, pg. 61).*

Es evidente que las cuatro plazas, Guadix, Bátor, Fiñana y Somontín, que pese a su lejanía de Bobastro obedecían a 'Umar, y que por esa circunstancia recibieron un duro castigo de parte del ejército cordobés. Sigamos adelante. Lo más admirable está por llegar porque va a atravesar el Puerto de la Ragua para someter a los cristianos que poblaban mayoritariamente la Alpujarra.

Se necesitan muchas agallas para meterse en esa colosal aventura, especialmente arrojado hasta la temeridad por los caminos tan difíciles y por no saber con quiénes se iban a encontrar al otro lado de la gran cordillera. No olvidemos que la expedición se realizó en una época del año en que no es infrecuente la nieve por esos caminos. Más de uno debió decirle que iba derecho hacia una colosal ratonera, pese a lo cual el soberano se mantuvo impertérrito indicando a sus hombres el paso por donde se atraviesa Sierra Nevada, *Sierra del Sol y del Aire* la llamaban ellos, para llegar a la otra vertiente. Sigamos la reflexión del cronista:

*An Nâsir se puso en marcha enseguida dirigiéndose a los baluartes de las ásperas montañas de Basîra, penetrando con sus ejércitos en Sierra Nevada en la época en que es intransitable. Se lanzó con la gente y Dios le facilitó las cosas, haciéndole llegar adonde quería, de modo que conquistó las fortalezas de detrás y asoló la comarca, no quedando en ella lugar que resistiera. (Ibn Hayyán de Córdoba. *Al Muqtabis V*, pg. 61).*

*An-Nâsir con el grueso de su ejército acampó frente a Juviles, una de las fortalezas más inexpugnables, inalcanzables y de suelo más abrupto, donde se había refugiado todo hereje escapado de aquellas fortalezas que habían sido sometidas. (Ibn Hayyán de Córdoba. *Al Muqtabis V*, pg. 62)*

Entonces, siguiendo al cronista podemos concluir que los cristianos que habitaban en la

Alpujarra, en vista del ataque de 'Abd ar-Rahmān, fueron a refugiarse donde pensaban estar más seguros que era el castillo de Juviles. Les parecía inexpugnable e inalcanzable y hacia allí fueron los mozárabes alpujarreños. Vayamos adelante con la narración que nos ofrece Ibn Hayyán.

Los ejércitos acamparon allí el miércoles 25 de mayo de 913 destruyendo las cosechas, talando los árboles y arruinando sus recursos. El sitio duró cinco días hasta que se humillaron y se sometieron, siéndoles aceptado el arrepentimiento a condición de desentenderse de los hombres de Ibn Hafsún. Accedió an-Nâsir a esto, le sacaron a cuantos hombres de Ibn Hafsún tenían, cristianos en su mayor parte, a los que mandó decapitar, siendo exterminados hasta el último en un momento. (Ibn Hayyán de Córdoba. Al Muqtabis V, pg. 62)

Los ejércitos cordobeses acamparon frente a la fortaleza de Juviles el 25 de mayo, e inmediatamente se dedicaron a hacer el trabajo sucio, que era destruir las cosechas, talar los árboles y destrozar los recursos de aquellas gentes en una tarea de amedrentarlos y ablandar sus ánimos, cosa que conseguían bastantes veces pero no todas, porque ya sabéis que los alpujarreños son valientes, rebeldes, y sus ánimos no los ablanda ni el mismísimo 'Abd ar-Rahmān III. Uno de ellos, al ver destrozados sus campos, se asomó a las almenas y se dirigió a grandes voces al emir diciendo:

-¡Te vamos a dar en los hocicos, hijo de la gran puta!

Pero, claro, como en el bando cordobés había también valientes, alguno, que además era un poco pelotas, replicó al de Juviles, también a grandes voces:

-¡Nuestro emir no se va a ir de aquí sin llevarse la cabeza de 'Umar ben Hafsun!

Que, por cierto, no estaba en Juviles aunque sí algunos de sus hombres más distinguidos. El caso es que 'Abd ar-Rahmān oyó muy complacido el grito de aquel soldado, que era un don nadie, un soldadito de a pie de esos que acompañaban a los caballeros para lo que hiciera falta, y a partir de entonces pasó a ser personaje distinguido porque nuestro emir lanzó la siguiente sentencia:

-El que ha dicho eso, sea elevado a una misión más noble, inscribiéndole entre los caballeros, dándole montura y una cantidad considerable de dinero.

Y eso se hizo, que nuestro soldado vocinglero pasó a ser un hombre importante y su historia fue traída y llevada por todas las ciudades y aldeas de nuestra ajetreada al-Ándalus.

El sitio duró cinco días y al final los españoles se humillaron y sometieron. Parece que

los muladíes ofrecieron rendirse, entregando al emir a todos los soldados cristianos. Con la ayuda inestimable de ese contingente de muladíes que se puso de parte de los ejércitos cordobeses, las fuerzas mozárabes, que eran mayoría dentro de la fortaleza, fueron decapitadas sin consideración ni miramientos. Volvemos a encontrarnos con un nuevo exterminio de mozárabes en la España musulmana.

Tenemos entonces, en boca de un escritor musulmán nacido el 987 y muerto el 1076, que a su vez recoge crónicas de otros coetáneos suyos, una auténtica matanza de cristianos a manos de 'Abd ar-Rahmān III en la fortaleza de Juviles. Este hecho, constatado por un cronista de reconocida solvencia, nos lleva a sacar unas cuantas conclusiones.

En primer lugar la extrema crueldad de este soberano para castigar a propios y a extraños. Decir que iba siempre acompañado por un verdugo que tenía un tapete de cuero en una mano y una espada en la otra, y que iba por el mundo mirando de reojo a su señor en espera de órdenes para finiquitar a quien le parecía. No sabemos si fue este mismo sujeto, que se llamaba Abu Imrān, el que mató a nuestros mártires cristianos de Juviles o si fue el propio ejército. Es sin embargo claro que la ejecución fue multitudinaria y pública.

¿Podemos decir de ellos que fueron mártires de la fe, como sus hermanos cordobeses que padecieron martirio unos años antes? ¿Preferís que se diga que fueron patriotas, que murieron defendiendo su cultura, su vida y su civilización? Decididlo vosotros. En todo caso, un hecho notable acaecido en Juviles y prácticamente desconocido aquí y en toda la Alpujarra. Y con un actor sobresaliente: 'Abd ar-Rāhmnan III, el más grande soberano que dieron los musulmanes de Oriente y Occidente, que jamás pisó Granada, o Málaga, o Jaén o Almería, estuvo en Juviles, pisando estas preciosas calles en un día de la primavera del año 913. Me gustaría que estos acontecimientos fueran más conocidos, sencillamente por ser reales y porque marcaron la vida de los habitantes de Juviles en el siglo X, de los alpujarreños en general y de los mozárabes que poblaban estos preciosos pueblos.

La expedición no terminó con el exterminio de los mozárabes en Juviles. Una vez concluida el ejército dirigió sus pasos a la costa, concretamente a Salobreña. Dice el cronista textualmente que *hizo como en los lugares mencionados*. Visto el objetivo de la expedición y la justicia que impartía el gran caudillo cordobés, no me extrañaría lo más mínimo que repitiera la misma faena, sometiendo a los habitantes de aquel precioso castillo y ejecutando a los mozárabes que vivían en ese lugar.

Demos un gran salto en el tiempo para hablar de otra matanza en Juviles pero en sentido inverso. Han pasado nada menos que 645 años y estamos en la Navidad de 1558.

Los Reyes Católicos conquistaron Granada en 1492 pero la Alpujarra y el pueblo eran de religión, usos y costumbres musulmanes. En cuanto a agricultura, habían nacido los banales que tanto asombran a propios y extraños en nuestra tierra. Ya lo dice Calderón de la Barca en unos preciosos versos:

*Que en la agricultura tienen
tal estudio, tal destreza,
que a preñeces de su azada
hacen fecundas las piedras.*

En cada pueblo hay una o varias mezquitas donde van a rezar las gentes cinco veces al día. Se ha extendido por nuestra tierra la cría del gusano de seda, que trajeron hace muchos años de Oriente. La vida de los habitantes de esta tierra no habían cambiado en nada, excepto en que ya la mandaban los cristianos, que trataron por todos los medios de obtener la asimilación religiosa y de costumbres a la nueva situación, lo que provocó una fenomenal y cruel respuesta de parte morisca, asesinando en la Navidad de 1558 a más de mil cristianos en toda la Alpujarra.

Pero, ¿qué ocurrió en los 66 años que van desde la conquista de Granada en 1492 para que en 1558 se desencadenara esta terrible guerra de exterminio contra todos los cristianos que vivían en la Alpujarra?

Os lo trataré de contar brevemente.

Los Reyes Católicos firmaron unas Capitulaciones en que concedían a los musulmanes más de cuanto pudieron soñar: Podrían seguir con su religión, usos y costumbres sin que nadie se atreviera a violentarlos. Y mi opinión es que para obtener la entrega de Granada, los reyes firmaron cualquier cosa con tal de conseguir su objetivo. Sin embargo, era obvio que lo firmado no se iba a cumplir por dos razones: una porque los reyes querían acabar con la conquista cuanto antes; y otra, porque en aquellos tiempos era inconcebible conseguir la unidad política de un país sin que existiera unidad religiosa. Pensaban que poco a poco pondrían en marcha toda clase de medidas para conseguir el objetivo de asimilarlos a los cristianos.

Para la tarea convertir los moriscos al cristianismo, y, por consiguiente, acercarlos a la

Civilización Occidental, los reyes nombraron arzobispo a un fraile sencillo y bueno, Fray Hernando de Talavera, que se empleó con humildad evangélica pero con escasísimos resultados prácticos. La labor de Talavera fue formidable, estuvo llena de cariño y templanza en sus predicaciones, hasta el punto que llegaron a llamarlo *El alfaquí mayor de los cristianos*.

Estamos en el año 1499 y los reyes volvieron a Granada. Es natural que, transcurridos siete años en que existió tolerancia y buen hacer, trataran de evaluar los resultados de la asimilación de los conquistados, que consideraban fundamental para la buena marcha del reino. Porque, además, había dos serias amenazas exteriores: el Imperio Turco era dueño del Mediterráneo y amenazaba España, eso por un lado. De otra parte, las potencias norteafricanas hacían continuas incursiones en nuestras costas con la intención de revertir la conquista. Recordad ese dicho tan nuestro de *¡Hay moros en la costa!*

Va a entrar en escena el cardenal Cisneros en vista de los escasísimos resultados prácticos de la labor de Talavera. Era un hombre enérgico y sin escrúpulos, que con sus métodos violentos consiguió dos cosas: una primera revuelta en el Albaicín y un lío más gordo todavía, que fue el bautismo forzado o por conveniencia de los que se consideraban musulmanes y ni por asomo dejaron de serlo tras ese bautismo ficticio. Dos serios problemas, y otros dos más, que fue el intento por parte de los moriscos de pedir ayuda africana, descubierto en Adra cuando el encargado de ello se disponía a embarcar. Y el segundo, ataques indiscriminados de un grupo de moriscos, en los que, según los cronistas, mataron a bastantes cristianos alpujarreños. Todo esto ocurría en el año 1500, y requirió la venida del rey Fernando a Granada para sofocar la revuelta, que a duras penas lo consiguió.

Los moriscos estaban bautizados pero vivían como antes porque se sentían musulmanes en religión usos y costumbres, con el agravante de que ayudaban a los piratas turcos y berberiscos que asolaban nuestras costas. No olvidemos la situación política internacional. Continuemos.

En el año 1526 el emperador Carlos V viene a Granada, ciudad que le encantó, tanto que mandó edificar iglesias como la de San Matías, también palacios como el célebre que lleva su nombre junto a la Alhambra, entre otras cosas, y naturalmente conoció de primera mano del problema morisco. Enseguida entendió que debía hacer una investigación concienzuda de la situación, que además le diera ideas para actuar de cara a una posible solución. Para ello nombró una serie de visitadores que recorrieran todo el

territorio y le pasaran un informe lo más exhaustivo posible, detallando problemas y sugiriendo soluciones. Ordenó que los más señalados teólogos del reino se reunieran en la Capilla Real para estudiar el informe de los visitantes y pasarle el suyo, aconsejando la manera de actuar para remediar un mal que ya se estaba enquistando. La decisión fue unánime, detallada y prolija. El dictamen era: prohibir el uso de la lengua árabe; debían vestirse como los castellanos abandonando su indumentaria anterior; los baños serían prohibidos; que los días de fiesta, los viernes y los sábados tuvieran sus casas abiertas para que se pudiera ver lo que hacían dentro; prohibidas las zambras y demás cantares y bailes moriscos; las mujeres tendrían prohibido ponerse alheña en pies y manos; en las bodas estaban prohibidas las ceremonias moriscas y deberían hacerse como manda la Iglesia; que también en las bodas fueran a oír misa posteriormente y tuvieran sus casas abiertas; prohibido usar nombres moros, como todos los tenían. Los razonamientos, justificaciones y amenazas al transgresor me las ahorro por no cansar. Como veis, un torpedo en la línea de flotación de la cultura, usos y costumbres de aquella gente. Y para mejor reprimir a los infractores, se instala nada menos que un tribunal de la Inquisición en Granada.

La distancia entre la Capilla Real y la Plaza Larga del Albaicín era corta y los moriscos supieron de inmediato que lo que se les venía encima les daba donde más dolía. Muchos de ellos eran hombres ricos e ilustrados, así que prepararon sus memoriales contradiciendo el dictamen, dando sus argumentos y..., ofreciendo un buen montante de dinero a cambio de la anulación, o al menos de la suspensión por un tiempo cuanto más dilatado mejor. El Emperador, que de dinero andaba escaso y tenía muchos frentes abiertos, tomó el dinero y dejó la ejecución del dictamen para más adelante. Un respiro al menos para los pobres moriscos.

Ahora venía en toda España una etapa de relativa tranquilidad, que por parte cristiana se empleó en intentar la conversión sincera. En Granada se fundaron colegios destinados exclusivamente a ese fin. Se organizaron visitas pastorales y sínodos en las diócesis de Granada y Guadix. Se emplearon a fondo verdaderos expertos en el problema morisco, como fray Antonio de Guevara, don Gaspar de Ávalos, don Martín Pérez de Ayala o el mismo arzobispo Guerrero, todos prelados reformistas que fueron los principales agentes de la política asimiladora en este período. También se hizo un llamamiento en este sentido a curas, sacristanes y pueblo cristiano. Una empresa que requería mucho tiempo y mucha paciencia. Así estuvieron las cosas durante unos treinta años sin que la política asimiladora diera resultados apreciables. Incluso se puede afirmar que la fosa

que dividía cristianos y moriscos se había profundizado.

El peligro morisco no era una imaginación. Los actos de piratería estaban a la orden del día. El Mediterráneo era controlado en la práctica por los musulmanes con golpes de mano cada vez más audaces. Algunos fueron notables, y pongo por ejemplo el desembarco en Castell de Ferro, desde donde se adentraron hasta Notáez. Otro no menos audaz los llevó hasta Órgiva, donde 400 turcos permanecieron casi dos días sin que nadie acudiera a expulsarlos. También en Tabernas, Lucainena y otros. Muchos moriscos españoles aprovechaban esas incursiones para huir con ellos llevándose esclavos cristianos.

En 1555, a la llegada al poder de Felipe II, ya parecía evidente que la mano blanda y las transacciones habían pasado a mejor vida. El mismo Carlos V, desde su retiro en Yuste, contemplaba estos hechos con preocupación, que se añadía a los quebraderos de cabeza que le causaban las infiltraciones protestantes en España. Con estos temores aconsejaba a su hijo actuar con el máximo rigor.

Junta de Madrid. Sus decisiones y consecuencias.

Así las cosas, se convocó en Madrid una Junta con personajes de alto nivel político y eclesiástico. Tenían meridianamente claro que los moriscos habían sido bautizados y debían vivir como tales. También acordaron que el remedio estaba en erradicar costumbres, ritos y apariencias de época musulmana. Sus decisiones fueron muy detalladas, tajantes en el sentido de aplicar los capítulos de la resolución que se tomó en 1526 y cuya aplicación se había demorado por las razones que expusimos.

Los moriscos estaban entre la espada y la pared y eligieron la espada. Con una meticulosidad asombrosa, organizaron la rebelión de la Alpujarra y del reino. Como movidos por un resorte, en la Navidad de 1558 se levantaron, destruyeron todas las iglesias y casas de cristianos en la Alpujarra, matando a más de mil de ellos, con sus curas por delante.

Y si me preguntáis qué ocurrió en Juviles, os cuento.

Vuestro pueblo era algo así como Cabeza de Partido de muchos otros de la comarca. Era la tahá de Juviles, compuesta por pueblos como Válor, Mecina Bombarón, Yátor, Cádíar, Narila, Tímar, Bérchules, Alcútar, Lobres, Nieves, Cástaras, Notáez, Trevélez y el mismo Juviles. Entre pueblo y pueblo había grandes cuevas que servían de refugio al abundante ganado, y donde los moriscos almacenaban alimentos y armas para casos de necesidad.

Los moriscos se levantaron la víspera de Navidad, como el resto de habitantes de esta tahá. Y el procedimiento en Juviles fue idéntico: destrozar la iglesia con todos sus enseres; saquear las casas de los cristianos; finalmente prenderlos y encerrarlos bien custodiados en la iglesia, donde estuvieron algunos días bastante asustados, aprovechando ese encierro para predicarles la religión musulmana a fin de que abjuraran del cristianismo y acataran el Islam.

Hasta que apareció por allí Aben Farax dando órdenes de lo que en su criterio era necesario hacer. Y era matarlos a todos, cosa que hicieron el 30 de diciembre. En primer lugar naturalmente, el clero: dos curas, un sacristán y dos legos. Los desnudaron completamente, les ataron las manos atrás, los sacaron a las afueras del pueblo y los acuchillaron.

Cuando tocaba el turno a los laicos, pasó por allí, menos mal, Fernando el Zeguer, otro de los cabecillas de la rebelión, pero más templado, que detuvo la matanza y entregó al cuidado de un morisco los anteriormente condenados, con la advertencia de que los custodiara hasta que él ordenara otra cosa. Como veis, entre los líderes había sus diferencias de estrategia.

Lo mismo ocurrió en Alcútar, Narila, también en Mecina Bombarón y Válor, pero con más ensañamiento si cabe.

Naturalmente, la reacción de la parte castellana no se hizo esperar. Dos ejércitos salieron a reprimir esas revueltas que habían sido enormemente crueles. El marqués de Mondéjar partió de Granada hacia Órgiva hasta adentrarse en la Alpurarra y el marqués de los Véles los atacó por la parte de río Almanzora y demás pueblos de Almería. Fueron expediciones guerreras que respondieron a la crueldad de los moriscos con más crueldad si cabe. Os podía contar infinidad de batallas en estas dos zonas, pero estamos en Juviles y me voy a referir a una barbaridad cometida por los soldados de Mondéjar en vuestro pueblo.

Terrible matanza de moriscos en Juviles.

Ahora los muros y defensas de vuestro castillo estaban por los suelos pero aún así era un lugar adecuado donde los moriscos podían defenderse, esta vez de sus enemigos los cristianos.

Cuando el ejército de Mondéjar caminaba derecho al castillo e iba por media ladera, aparecieron tres moriscos ancianos enarbolando banderas blancas en señal de paz. Una vez obtenido el permiso para acercarse, dijeron al marqués que los caudillos y gente de

guerra habían huido, razón por la cual le suplicaban el perdón para los que quedaban, que eran gente de paz y leales súbditos del monarca. Como era lo que estaba deseando, mandó que se adelantaran algunos caballeros para apoderarse del castillo con todo lo que hallaran en él, con el enfado de los soldados que murmuraban en el sentido de que todo el botín sería para el marqués, sin dejarles nada para ellos, pero no fue así porque les concedió cuanto pudieran rapiñar, que era mucho, como oro, ricas sedas, aljófara..., con el agravante de que los que fueron delante se llevaron la mayor parte.

Los moriscos rendidos del castillo eran nada menos que trescientos hombres y mil cien mujeres, aunque muchos, los más sueltos, consiguieron escapar de noche por veredas a las montañas cercanas. El marqués mandó que bajaran todos los cautivos al pueblo, que repartieran los hombres por las casas y las mujeres fueran encerradas en la iglesia, pero al ser pequeña hubieron de quedarse más de mil personas en la plaza del pueblo y en los bancales cercanos.

Alrededor de la media noche un soldado echó el ojo a una morisca joven y guapa, quiso sacarla de entre las mujeres para acostarse con ella, cuando dio un salto adelante un morisco joven disfrazado de mujer, quién sabe si familiar o enamorado de la chica. Se lanzó a por el soldado empuñando algo parecido a una navaja o un puñal, le arrebató la muchacha, le quitó de las manos la espada, hiriéndole gravemente con ella. A continuación, el joven morisco, consciente de que era lo último que haría en su vida, comenzó a atacar a todos los soldados cristianos que se le iban poniendo delante, ante la alarma, las voces y los gritos de una parte y de otra.

Se organizó la mundial. Era una noche oscurísima y no sabían dónde estaba el amigo o dónde el enemigo. Los cristianos iban en tropel buscando al joven causante de todo, con el terrible resultado de que acabaron pagando los más débiles, que eran los rendidos, sin distinción de edad o de sexo. Tras pasar a cuchillo a los que estaban en la plaza o en los bancales cercanos, tocó el turno a los de la iglesia. Muchos soldados fueron heridos por las espadas de sus propios compañeros, porque no sabían distinguir en la oscuridad los amigos de supuestos enemigos, ya que únicamente se alumbraban con el centelleo de las espadas y los fogonazos de los arcabuces.

Viendo el fenomenal desorden, el marqués envió capitanes y sargentos mayores pero fue imposible porque aquello era un motín en toda regla. La masacre de moriscos duró desde medianoche hasta que ya de día miraron a un lado y a otro, vieron que no había morisco con vida, cansados de sangre y de muerte bajaron las armas y dieron fin a su fechoría. El marqués quiso dar un escarmiento, pero sin pasarse. Mandó ahorcar a tres

de los que más se distinguieron y a otra cosa. Como veis, una horrible masacre, un baldón para el ejército del marqués en vuestro pueblo, y eso que era partidario del diálogo y la mano tendida.

Deciros finalmente que no he hecho más que narrar hechos que he leído en libros muy viejos, que sobre ellos he escrito en tres de mis libros pero que son reales como la vida misma. Aunque sean enormemente crueles, me gusta que se conozcan en el pueblo para que aprendamos del pasado, toleremos al diferente y jamás se vuelvan a repetir. Y también para que quede constancia de que Juviles fue un pueblo muy importante en la Alpujarra, y que en él se protagonizaron acontecimientos fundamentales en una lucha de civilizaciones que deseo vivamente no vuelvan a darse nunca más.

Francisco Bueno García

05/04/2023